

COMENTARIO DE TEXTO

Como las personas, como las cosas, como las instituciones, las palabras acaban por envejecer y morir. Pero la vejez de las palabras suele ser larguísima, y no es raro que pase un siglo desde que empiezan a decaer hasta que desaparecen. Muchas veces se trata sólo de una muerte aparente, y lo único que ha ocurrido es que la palabra retirada de la lengua general ha quedado remansada al margen, en el uso literario, en el uso regional o en el uso restringido de ciertos grupos sociales o profesionales. Incluso se da el caso de que sea resucitada una palabra ya muerta, para hacerla servir de vehículo a un nuevo sentido (así ha ocurrido con *azafata*, término que antiguamente designaba a una “criada de la reina” y que más recientemente ha sido desenterrado para dar nombre a la “empleada que, en aviones u otros medios de transporte, o en algunas oficinas, atiende al público”).

El hecho de que una palabra sea “señalada con el dedo” puede acarrear su destrucción. A veces basta la preferencia de los hablantes urbanos por un término más culto, científico o aséptico que su sinónimo normal, para que empiece a marcarse una tendencia al arrinconamiento de éste, como sucede con *mascar* frente a *masticar* o con *botica*, casi totalmente eliminado por *farmacia*.

Muchas veces es la simple concurrencia con un sinónimo la que motiva la decadencia o el desuso de una palabra, pues la economía obliga a los hablantes a decidirse por una de las dos voces equivalentes; así hoy los verbos *placer* y *amar*, el adjetivo *raudo* y la conjunción *mas* han quedado confinados a la lengua literaria, mientras que *gustar*, *querer*, *rápido* y *pero* acaparan el uso general.

Una de las causas del desuso de las palabras es el desuso de las cosas designadas por aquéllas. Si hoy la gente no emplea voces como *aguador*, *maravedí* o *landó*, es porque designan oficios u objetos que ya no existen.

Por último, la más importante de las causas de muerte de las palabras es la ignorancia. No tanto la ignorancia individual como la colectiva, que hace que queden inservibles para muchos hablantes, prácticamente muertas, ingentes cantidades de palabras que la lengua tiene a disposición del que las necesita. Como hay que decir las cosas de alguna manera, se recurre al préstamo extranjero o a una nueva formación.

Manuel Seco

1. Resuma el texto.
2. Estructure el texto en partes y justifique cada una de ellas.
3. Realice un comentario crítico del mismo.